

caron «que era tanto lo que había sobrado de oro y plata, que pudieran hacer de ello otro templo desde los fundamentos hasta la cumbre sin mezcla de otro material, y que luego que los indios supieron la entrada de los españoles en aquella tierra, y que iban tomando para sí cuanta riqueza hallaban, la echaron toda aquella á aquel gran lago.»

En este templo se hacían ofrendas de metales preciosos, conchas, plumas, lana, maíz, chicha, y ropa de Combi, la más fina que se tejía en toda la región. Después empezaron á sacrificar conejos y cuyes (cochinos de india), hasta que Topa Inga substituyó estas víctimas por corderos y llamas sin mancha y por niños de tierna edad que no pasasen de quince años.

Se llegaron á inmolar hasta doscientas de estas débiles criaturas en un solo día; principalmente se realizaban en las fiestas del sol y de la luna, ó en casos graves para el Inca, como cuando estaba enfermo ó en guerra. Todavía se ven en la isla de Titicaca las ruinas de dicho templo y de la morada de las vírgenes consagradas al culto del sol.

Eran estas vírgenes á semejanza de las vestales de Roma; se las recibía á la edad de ocho años, y se criaban en recogimiento hasta los quince ó dieciséis. En esa edad las sacaban para desposarlas con el Inca ó con sus capitanes favoritos; aunque esto se hacía rara vez en las fiestas muy principales y con orden expresa del soberano. Cuando después se ensangrentó el culto, algunas eran sacrificadas al sol. Tenían entre ellas sus *mamaconas*, especie de maestras de novicias, que les enseñaban á hilar y tejer, como también el servicio del culto y el cumplimiento de sus deberes. Todo estaba allí ordenado como en el más rígido monasterio y su número llegó á mil quinientas según un cronista. Á cualquiera que sin licencia del Inca ó su Vicario entra-

ba en uno de estos asilos de vírgenes le costaba la vida: á unos los ahorcaban, á otros los cubrían de piedras ó de saetas. Á la virgen que faltaba á su prometida pureza la enterraban viva.

Como el número de peregrinos que acudían al templo del sol era crecidísimo, á fin de proporcionarles un puesto de alojamiento, Tupac-inca fundó á las orillas del lago el pueblo de Copacabana con diferentes familias, que trajo de cuarenta y dos tribus distintas de su vasto imperio. Desde el principio se le consideró como lugar sagrado, se le concedieron prerrogativas especiales, y se construyeron en él inmensos graneros (*colcas*) y grandes hospederías (*carpahuasi*). Dióle el nombre de Copacabana, que en aimará quiere decir *pedra preciosa que da vida*.

Este sitio, donde el demonio tenía establecido su centro de abominaciones, quiso purificarlo la Virgen Inmaculada estableciendo en él su trono de misericordias. Las palabras de Isaías: *Un pueblo que andaba en tinieblas vió una luz muy grande*, pocas veces se habrán aplicado con más propiedad que á Copacabana. Pues allí donde antes la inmunda idolatría tenía las almas sumergidas en la más densa oscuridad, ahora, por la misericordia de Dios, brilla más que la luna y la radiante aurora la Estrella de Jacob, la que en los cielos hizo salir una luz indeficiente.

Copacabana, célebre en la época de la idolatría, lo ha sido mucho más en la era cristiana. Fué en un tiempo la romería más célebre de toda la América del Sur y su nombre se dió á conocer en todo el orbe católico. Al presente ha decaído mucho, no es sombra de lo que fué.

Copacabana es una ciudad pequeña de la provincia de Omasuyos, departamento de la Paz, en Bolivia. Los bolivianos la llaman *bendita* á causa de que sus casas se agrupan al rededor del santuario de Nuestra Señora.

II

ORIGEN DE LA IMAGEN

En 1530 desembarcaron en el Perú los primeros misioneros católicos, acompañando á las huestes españolas, que á las órdenes de Francisco Pizarro exploraron y conquistaron aquel vasto imperio. Tradiciones antiguas afirman que Copacabana fué uno de los primeros pueblos que recibió el beneficio de la predicación evangélica. Algunos indigenas, correspondiendo á la gracia, fueron regenerados con el agua saludable del bautismo. Sin embargo, contra las halagüeñas esperanzas de los sacerdotes, la conversión de los peruanos á la fe no se hizo súbitamente y de un golpe. La suavidad de carácter de las gentes, el grado de cultura que descubrieron en ellas los conquistadores, ciertas doctrinas que parecían tener analogía con las verdades del antiguo y nuevo testamento, eran feliz augurio de que la semilla evangélica germinaría pronto y echaría hondas raíces; mas ciertos vicios degradantes, las supersticiones populares y el temor que abrigaban los indios al enojo de sus falsas divinidades oponían serios obstáculos. Empero, cincuenta años después de la conquista, el catolicismo contaba numerosos prosélitos, se habían edificado iglesias y capillas y hasta se habían erigido parroquias y obispados. El obispado de la Plata, á cuya jurisdicción pertenecía entonces Copacabana, lo había erigido Julio III en 1552.

No se crea por esto que la idolatría fuera vencida y extinguida del todo. Los españoles es cierto que prohibían los sacrificios humanos donde quiera que pusiesen el pie, derribaban los templos paganos y proscribían el culto de los ídolos; así y todo, continuaban practicándo-

se supersticiones idolátricas hasta por los mismos indios que abrazaban el cristianismo, sea por ignorancia ó arrastrados por la violencia de un hábito inveterado. La tradición enseña que entre los convertidos de Copacabana hubo algunos á quienes devoraba el celo de lograr que sus compatriotas abrazaran la religión de Jesucristo y dejaran para siempre el paganismo.

Fué uno de éstos el noble D. Francisco Tito Yupanqui, vástago de la familia imperial y á quien correspondía por tanto el título de inca. Se ignora la época y la edad en que se convirtió al cristianismo; pero por sus laudables acciones y por su celo en propagar la buena nueva del evangelio podemos presumir que era devotísimo de la Madre de Dios. Hizo voto, según es tradición en el Perú, de levantar una estatua á la celestial Señora, á fin de conseguir de Ella la conversión de sus hermanos, sobre todo de los que moraban en Copacabana, su querido pueblo. Los hechos realizados dan motivo para creer que tal voto fué inspiración del cielo.

En aquella época era moralmente imposible realizar el proyecto. Los peruanos sabían labrar los metales, especialmente el oro; pero no había artista cristiano á quien confiar tallase la imagen. Yupanqui no era escultor ni pintor, y á los paganos les faltaba inspiración y gracia para trasladar al lienzo ó á la madera el idea de la Madre de Dios. Comprendiendo el devoto peruano las dificultades del proyecto, no cesaba de pedir á la misma Virgen Santísima le inspirara el modo de llevarle á efecto. Un día le pareció ver su cuarto alumbrado por luz vivísima, y en medio de ella una señora de dulce y grave aspecto, vestida de amplio manto que, graciosamente recogido sobre sus hombros, caía en numerosos pliegues hasta cubrir la orla de su vestido. En el brazo izquierdo sostenía un niño, cuya cabecita se reclinaba en el seno de la matrona, y en la mano izquierda una

vela. Yupanqui no dudó que esta señora era la Virgen Inmaculada, que se le aparecía para indicarle el modo cómo deseaba ser representada; así es que al desvanecerse la visión y vuelto en sí del asombro, resolvió esculpir él mismo una imagen á imitación de la que había visto, confiando que la Virgen guiaría su inexperto brazo. Para ensayarse hizo una de barro; pero le salió tan tosca é imperfecta que, aunque se la recibieron y colocaron en el altar por algún tiempo, luego se la desecharon con desaire. Esto le decidió á trasladarse á la cercana ciudad de Potosí á fin de colocarse de aprendiz con un escultor y realizar de esta suerte su más acariciado ensueño. Entonces Potosí, á causa de las fabulosas riquezas de sus minas, era como el emporio del comercio (1).

(1) Un indio llamado Gualca descubrió por casualidad el mineral de Potosí. Para defenderse del frío encendió fuego, y vió al amanecer que «derretido el poderoso metal con el fuego, había corrido en hilos de plata». Los productos salidos de las minas son incalculables. Don Vicente Ballivián y Rojas en su *Archivo boliviano*, dice que se elevan á la suma de tres mil seiscientos treinta y un millones ciento veintiocho mil trescientos sesenta y dos pesos fuertes. *Las Crónicas* de Martínez Vélez añaden mil pequeños detalles que acaban de dar perfecto colorido al cuadro de esa opulencia. Las exequias del emperador Carlos V costaron ciento diez mil pesos, y las de Felipe II ciento treinta mil. Hubo banquete como el del criollo Solórzano, en el cual se gastaron setenta y seis mil pesos, y fiestas de bodas, que subieron á mayores sumas, siendo las comunes de cuarenta mil pesos. En el año 1580, de los vecinos de aquella gran ciudad los menos ricos tenían trescientos ó cuatrocientos mil pesos; y sólo Quiroga en el siglo siguiente pagó en quintos al rey de España nada menos que quince millones. De este mismo Quiroga se cuenta que habiendo ido á Lima á visitar al Virrey del Perú, conde de Lemos, preguntó á uno de los criados de palacio cuánto gasto tenía su señor cada semana; respondió éste, dice el cronista, con grande exageración, diciendo no tener igual, que 400 pesos. «Esto, replicó Quiroga, gasto yo en el cerro de Potosí en velas de sebo». ¡Y decía verdad! (Walker Martínez, *Páginas de un viaje al través*

En esa época llegó á tener ciento sesenta mil habitantes (hoy apenas cuenta cinco mil); así es que allí acudían obreros, artesanos y cuantos tenían habilidades especiales. El día 4 de Junio de 1582 empezó su obra de imagen, empeñando la benignidad de María con ayunos y fervientes oraciones, pidiéndole acierto y gracia en su hechura. Aunque aplicó todas las fuerzas de su inteligencia para que saliera con las hermosas facciones de la visión que se le había aparecido, sólo resultó un desgraciado simulacro. Sin embargo no tardó en divulgarse en Potosí y sus cercanías que el noble Francisco Tito Yupanqui había labrado con sus manos una estatua de la Virgen. La noticia se extendió á todo el país y llegó á Copacabana, donde se había erigido una parroquia, á la cual acudían las tribus de los Amanasay, de los Omasuy y de los Urinsay. Y llegó la nueva cabalmente cuando una cuestión religiosa traía agitados y divididos los ánimos.

En Enero de 1582 frios intensos, impropios del clima benigno de Copacabana, amenazaban arruinar las cosechas, y los habitantes temieron los efectos de la carestía de los elementos principales de vida. Los cristia-

de la América del Sur.—Santiago de Chile 1903). Y mientras la gente aventurera como Centeno y el Capitán Villarroel sacaron millones, el indio Gualca murió de hambre y fatiga. La Providencia divina se cansó con los excesos que allí se llevaban á cabo y sobre todo por la injusticia que cometían con los infelices indios obligándolos á pagar el tributo personal de las horribles mitas (trabajo forzoso en las minas).

Reunían á los desventurados en unos corrales que todavía se conservan, y después se los repartían los amos. Los mitayos casi nunca volvían á ver á sus familias y pueblos, pues morían víctimas del trabajo y del trato que recibían. En 1626 reventó una de las lagunas, se desplomó sobre la ciudad perdiéndose cuatro mil vidas y varios millones de pesos. Desde entonces no ha vuelto á surgir Potosí.

nos más fervorosos propusieron que se hiciesen públicas rogativas para conjurar aquel azote de Dios. Y en medio de la general consternación se concibió la idea de fundar en el templo parroquial una asociación ó cofradía en honor de la Virgen de la Candelaria, cuya fiesta se aproximaba, para tener propicia á la Virgen y asegurar su valioso patrocinio. La proposición fué aceptada con entusiasmo por los Amansay y Omasuy, pero fué combatida por los Urinsay, que opinaban no debía fundarse otra congregación en la iglesia de Copacabana, en donde ya había una en honor del mártir San Sebastián, alegando, para dar más fuerza á su opinión, que la población era de escaso vecindario y los recursos pocos para sostener dos cofradías. No se convencieron con estos especiosos argumentos los devotos de la Virgen, y el negocio quedó sin resolverse por algún tiempo.

Moraba en Copacabana un personaje principal que compartía con la mayoría de sus conciudadanos la devoción á la Virgen y el deseo de obsequiarla. Llamábase Alfonso Viracocha, de la familia de los emperadores; se había convertido al cristianismo, y su único anhelo era el de extender el reino de Jesucristo y el amor á su Inmaculada Madre. Confiaba que la excelsa Señora sería la red que había de coger á los infelices que aún estaban sumidos en el abismo del error y de la idolatría. Cuando se propuso la fundación de la cofradía, la apoyó con todo el prestigio que le concedía su sangre y su alta posición; y habiendo sabido que su pariente Francisco Tito Yupanqui había labrado por sus propias manos la efigie de la Candelaria, en el mes de Junio del mismo año se trasladó á Potosí. Habló á Yupanqui de la proyectada asociación, y le pidió que cediese á ésta la imagen que acababa de esculpir. Tito alabó el pensamiento concebido, manifestó la esperanza que abri-

gaba de que se realizaría, y ofreció gustoso la imagen, aunque conocía sus defectos, confiando que la Virgen Inmaculada los corregiría.

Lleno de júbilo Alfonso por haber hallado en su pariente un celoso cooperador de su obra, resolvió recabar licencia del obispo de la Plata para erigir canónicamente la cofradía. Antes de hablar al Prelado, expuso la demanda á uno de los familiares, el cual por motivos poco dignos le desanimó, diciendo que su señor no daba tales licencias y que era imposible fundar capellanías sin rentas. Entristecido por la negativa Alfonso fué á visitar á un sabio y prudente sacerdote, quien le infundió gratas esperanzas, diciéndole que quizás el obispo bien informado accedería á sus deseos. Le redactó un memorial en regla, que Alfonso presentó humildemente al Prelado, junto con una copia de la imagen de Yupanqui. En cuanto el obispo miró la estampa la desechó, diciendo que lejos de excitar la devoción de los fieles, serviría de burla y crítica, y así se negó á dar permiso para fundar la cofradía.

El piadoso Yupanqui quedó con el alma acongojada al ver que por su poca habilidad la Virgen no podía ser honrada. Pero resolvió hacer dulce violencia al Corazón de María con ayunos y oraciones á fin de que acertase á retocar su obra.

Mientras Alfonso quedaba en la Plata agenciando el asunto de la cofradía, valiéndose del influjo de distinguidos personajes, Yupanqui regresó á Potosí con la idea de trasladarse á la Paz á procurar la reforma de la efigie. Buscó compatriotas suyos que se encontraban en Potosí con motivo de las *mitas*, y le ayudaron á llevar en hombros y bien envuelta la inacabada efigie. Al llegar á la Paz supo que un pintor español decoraba el retablo del templo de San Francisco, y en el momento le visitó para solicitar que lo recibiese de aprendiz sin

darle retribución ó salario. Cuando se hubo ganado la confianza y estima del dorador, le habló de su imagen, suplicándole que la viese, le proporcionase el oro necesario para decorarla y dejarla perfecta. Accedió el maestro prometiéndole que al día siguiente, que era festivo, pasaría por su casa, promesa que llenó de gozo al devoto oficial, esperando que ya daría feliz remate á su efigie. Pero al desenvolverla para tenerla pronto cuando llegase el dorador, tuvo la indecible pena de encontrarla descompuesta y maltratada, sin que pudiera averiguar la causa. Acudieron á su mente tentaciones de abandonar una empresa que tantos sinsabores le ocasionaba; pero confiado en Dios y alentado por el dorador, se dedicó tres meses á reponerla en su primitivo estado. Esta tenaz y devota porfia le fué sacando maestro de su devota imagen de la Candelaria. Esa ocupación formaba sus delicias y gratos recreos y parece que el Señor le comunicaba célicos ideales que su rudeza le negaba. Y esta suposición no es del todo gratuita, pues sin asistencia de lo alto, era imposible que de manos tan toscas, que habían sufrido tantos engaños y habían recibido tantos bochornos, saliese una imagen que reuniese á la más peregrina belleza la majestad más imponente; cuyos ojos y facciones, al par que infunden respeto, conmueven el alma, hacen palpitante el corazón de cuantos la miran, arrancan dulces lágrimas de los fieles y ablandan los pechos endurecidos de los incrédulos y pecadores. En su presencia el alma bien dispuesta se siente atraída como por imán poderoso. Es notable que sus ojos, sin ser de vidrio, sean tan hermosos que no se dejan mirar, y ellos parece que le miran á uno lo más recóndito del corazón. El Niño de sus brazos tiene expresión tan tierna y fisonomía tan risueña que invitan al más casto amor.

No nos debe extrañar que, al ver Yupanqui su Cande-

laria tan hermosa, quedase extasiado de júbilo y la besase respetuosamente con labios encendidos por la gratitud y el amor. Para dar expansión al gozo de su pecho, quiso mostrar la efigie al religioso franciscano P. Francisco Navarrete, varón de acendrada piedad, quien á la primera vista de la no concluida imagen quiso que la llevasen á su celda para que la concluyese y dorase con más esmero, aunque su principal objeto era para recrear su alma con el simulacro de María, del cual no apartaba los ojos y cada día le parecía más hermoso. Asegúrase que varias veces lo vió rodeado de resplandores. Al fin la imagen se acabó, afirmando la tradición, ó piadosa leyenda, que fueron dos ángeles los que la retocaron, dando sobre todo belleza singular á los rostros de la Virgen y del divino Niño. Lo cierto es que los peritos informaron que no sólo estaba concluida y perfecta, sino que era digna de toda veneración sobre muchas otras imágenes de la Santísima Virgen. Con tal declaración Yupanqui quedó más contento que si le hubiesen devuelto el trono de sus abuelos. No se cansaba de dar gracias á Dios, que le recompensaba con munificencia soberana los desaires y amarguras que había experimentado.

El R. P. Sanz hace la siguiente descripción de la imagen: «el bulto de esta santa imagen es de maguey bien estucada, con pasta muy compacta, que la hace parecer de madera; está dorada toda ella, menos las manos y la cara. Sobre el dorado tiene sus colores floreados y rayados con curiosidad, para figurarla con manto, túnica y toca de lama ó tisú; cuya clase de labor parece que los doradores la llaman esgrafiado. La imagen descansa y está unida en un pedestal cuadrado de cinco pulgadas de alto; así es que toda ella tiene como cinco cuartos, desde el pie del pedestal hasta la cabeza de la Virgen. Su manto lo tiene muy recogido y pegado al

cuerpo, y no ensanchado como el que se le sobrepone de lama ó brocado para mayor adorno».

III

LA IMAGEN EN COPACABANA

Pocos días después de tan fausto suceso llegó á la Paz Alfonso Viracocha con el permiso del obispo para fundar la cofradía de la Purificación ó Candelaria en la iglesia parroquial de Copacabana. Los habitantes de la Paz, que habían sabido el prodigio de los resplandores que salían de la imagen mientras estaba en la celda del P. Navarrete, manifestaron á Alfonso sus deseos de que quedase en la ciudad tan valiosa prenda; mas él no quería privar á su pueblo del beneficio que le dispensaba el cielo. Excusóse con ellos, y sin pérdida de tiempo se trasladó á Copacabana á dar la feliz nueva. Todos se llenaron de regocijo, incluso los Urinsay, que consintieron en la fundación de la cofradía; pero rehusaban admitir la imagen elaborada por Yupanqui en razón de no corresponder á las reglas del arte. No fué bastante para doblegarlos el haberles referido Alfonso las maravillas verificadas en la Paz. Por fin interpuso su autoridad un influyente vecino, y el día 2 de Febrero de 1583 hizo su entrada solemne la Virgen de la Candelaria en medio del regocijo público, y fué colocada en modesta capilla, que con el transcurso de los años debía trasformarse en uno de los santuarios más célebres de la cristiandad. En el mismo quedó establecida la cofradía, siendo Alfonso Viracocha y Francisco Tito Yupanqui los primeros en inscribir sus nombres.

Como el ejemplo es el mejor estímulo para el bien, en el acto se inscribieron también los más ricos del pueblo y los vecinos todos en masa. Luego vino el P. Diego

Torres, rector de la Compañía de Jesús en Juli, asenándose por cofrades todos los individuos de la comunidad y comprometiéndose con una misa anual, promesa que guardaron hasta su extinción, habiendo sido los más celosos promovedores del culto de esta soberana Reina.

Un hecho singular, acaecido en el mismo año, contribuyó á que se acrecentase la devoción á la Madre de Dios. Los piadosos Amansay querían que se dotase de bienes prediales al templo de la Virgen, á fin de que con sus réditos se proveyera al culto de la santa imagen. Los Urinsay se opusieron á tan plausible idea. Durante varios meses de aquel año no cayó una sola gota de lluvia, por lo cual se temió que se perdiesen las cosechas y que por la sequía no pudieran labrar la tierra para nuevas siembras. Los Amansay acudieron á su celestial Patrona y fueron consolados con benéfica lluvia. De este beneficio no disfrutaron los Urinsay, pues sus campos quedaron agostados. Ellos reconocieron el castigo del cielo por haberse opuesto á proveer de rentas el santuario, lloraron su falta y contribuyeron al decoro del culto.

En 1587 una pertinaz sequía desoló nuevamente las campiñas, y los Amansay acudieron á su único refugio, la Virgen de la Candelaria. Hicieron celebrar una misa solemne, y al punto fueron favorecidos con abundante lluvia. Pero sólo ellos fueron los agraciados, pues los campos vecinos quedaron áridos y secos. Temerosos los Urinsay de quedar reducidos á la más triste miseria, acudieron compungidos á implorar el auxilio de María, y esta buena Madre, compadecida de sus hijos penitentes, mandó á las nubes que descargasen sus aguas sobre toda la comarca de Copacabana (1).

(1) De estos milagros hizo asunto el eminente dramaturgo Calderón de la Barca en la comedia titulada *la Aurora en Copacabana*, donde dice: